

NOTAS E INFORMACIONES SOBRE LA IMAGEN DE  
AMÉRICA EN ALFONSO REYES

I.—La imagen de América que ha creado Alfonso Reyes tiene sus antecedentes en la actitud decidida, generosa y fiel del Padre Las Casas y de Vasco de Quiroga. Los experimentos de la Vera Paz y de las soñadas ciudades de Utopía significaron la esperanza en un mundo mejor. La misma esperanza y fe que Reyes ha puesto al mirar a través de su prisma humano la naciente realidad americana.

Las siguientes notas quieren recoger el testimonio —algunas veces en estilo de alegato jurídico— de esta nueva lucha por el reconocimiento de nuestra incorporación a la historia universal. Alfonso Reyes sabe que la piadosa afirmación hegeliana: América es el país del porvenir, sólo tiene sentido por cuanto incorpora la idea de América al sistema de la historia universal en la trastienda de la prehistoria. Reyes cree en el porvenir, uno muy concreto, que resulta de la entrañable relación de los tres momentos del acontecer histórico. Esto es, sin duda, el significado de su petición de reconocimiento de la ciudadanía universal: “Hemos alcanzado la mayoría de edad. Muy pronto os habituaréis a contar con nosotros”. En realidad, el Occidente ya contaba con América mucho antes de ser descubierta.

2.—Para Alfonso Reyes “el primer paso hacia América es la meditación sobre aquella marcha inspirada y titubeante con que el hombre se acercaba a la figuración cabal del planeta”. Así, aunque las ideas en torno a la Atlántida no han adquirido formulación y aceptación científicas, en líneas generales, sirven para trazar un breve escorzo que “sólo pretende ser una sugestión sobre el sentido de los hechos”. La Atlántida —escribió en 1932— va situándose en el estrecho de Sicilia (tradicción libio-fenicia), más tarde en pleno Atlántico (teoría del continente medio), y, por último, va esforzándose por “adoptar los contornos mismos de América”. Y ya des-

de Platón, y aun en Egipto antes que él, la Atlántida, prefigura de América, se hará presente en el pensamiento occidental.

En los diálogos *Timeo* y *Critias*, Platón se refiere a tradiciones de su familia: de su tío materno, Critias; de su abuelo, también de nombre Critias; éste de los manuscritos de su tío-abuelo, Solón el legislador, cuya fuente es, en Egipto, El cuento del naufrago. Se interrumpe en Aristóteles: “La Atlántida fué destruída por el mismo que la creó”. Es recogida por los neoplatónicos e interpretada como divagación poética y símbolo de la lucha entre el bien y el mal. Atraviesa la Edad Media en la *Nueva y compendiosa geometría*, de Ramón Lull. Brota en los poetas renacentistas y en el breviario de Colón el *Imago mundi* del cardenal Aliaco. Y como marco, los viajes comerciales de Marco Polo, que provocan el “misticismo geográfico”; los involuntarios Colones desconocidos; los “humanistas militantes” —esto es, “los viajeros no humanistas por profesión (que) parecían moverse bajo las instrucciones expresas de los humanistas”—; el rompimiento del ciclo de la geografía clásica y la idea pertinaz de la redondez de la tierra; y, con mucho, el imperativo económico, al mismo tiempo que la figura inspirada de Colón, envuelta luego en las disputas de defensores e impugnadores. La Atlántida alcanza, por fin, ya encarnada en América, los perfiles de *Utopía*, de Tomás Moro, y en su obispo ideal Vasco de Quiroga, en la Nueva España. El ciclo llega hasta Alfonso Reyes y Pedro Henríquez Ureña. El destino de América está determinado por su origen. Su configuración y su tarea, por su destino.

3.—Al aparecer América, el europeo tomó contacto con una nueva realidad hasta entonces desconocida de los antiguos. Pero su imagen había recorrido, como presentimiento, la historia de la cultura. La visión que del Nuevo Mundo tiene el europeo de entonces obedece al sistema de ideas y convicciones de la época. “América —escribe el historiador mexicano O' Gorman— aparece en el horizonte de la cultura cristiana, precisamente en el momento en que, al declinar la Edad Media, el hombre se ha quedado sin Dios”. En la estructura del pensamiento occidental que preludia

la modernidad, el Nuevo Mundo encuentra un sitio vecino al de la nueva ciencia, la física, y la actitud mental de quienes se ocupen de él es análoga a la del moderno tipo de intelectual. Las Casas, bajo este signo de modernidad, lleva a cabo "la conquista filosófica de América". La nueva ciencia es, según Ortega, un saber *a priori* confirmado por un saber *a posteriori*. De este carácter de confirmación participa América en la mente del europeo. Las polémicas en torno a la naturaleza del indio americano no surgieron espontáneamente. El europeo, obedeciendo a una doble necesidad, tenía que comprobar la identidad de naturaleza para dar cabida a la carga de esperanzas en un mundo mejor.

Así, pues, Las Casas experimenta una ley misionera en la Vera Paz; los jesuitas en el Paraguay, un imperio teocéntrico comunitario; Vasco de Quiroga, la *Utopía* de Moro, que "la transporta y vincula al hecho de nuestra América, campo que siempre pareció propicio a los renacentistas para nuevos ensayos en busca de una sociedad más feliz"; Zumárraga y Constantino Ponce, la *Paráclisis* de Erasmo, como pauta de la evangelización. Para Reyes, es importante subrayarlo, los dos penúltimos ensayos son los antecedentes de un "empírico socialismo de Estado", y tienen un marcado carácter experimental. Modernidad y comprobación para el europeo, son rasgos del Nuevo Mundo, influyentes en la misión de América.

Además de los caracteres mencionados, participa también América de una condición de universalidad, de internacionalismo. La heterogénea composición racial de nuestros pueblos y su ulterior enriquecimiento con aportaciones europeas hacen del Nuevo Mundo una "síntesis humana", un "saldo histórico". Por otra parte, el hecho de haber llegado tarde "al banquete de la civilización", precisamente en el instante en que el imperio de la lengua española declinaba, ha obligado a América a buscar su cultura en lenguas diversas, fuera de las órbitas nacionales. La proyección de este internacionalismo, en el campo jurídico, se conserva. Nuestro mundo cuenta con una tradición de "conciertos continentales" no logra-

da en igual medida por Europa. Por lo menos, si no los resultados de estos conciertos, el ideal se guarda "celosamente". Para acentuar este rasgo universal toma en cuenta Reyes nuestro abolen-go hispánico. Lo español tiene en sí un valor universal del que "no podría prescindirse sin una espantosa mutilación". Es una representación del hombre, de la vida y de la muerte, elaborada fatigosamente "por el pueblo más fecundo de que queda noticia". La literatura hispánica es parte esencial de la cultura humana. "El que la ignora está fuera de la cultura". Y es señal esencial de este profundo carácter ibérico —"función integrante en el descubrimiento de la realidad por la mente"— un agudo sentido para no dejarse deslumbrar por todo aquello que no sea la verdadera afirmación del espíritu. Reyes insiste en el sabor hispánico de nuestra estirpe, consciente de que él le da, aparte de universalidad, la soñada armonía y coherencia de sus pedazos. La unidad del espíritu, preconizada como solidaridad de los intelectuales, se resolverá, tarde o temprano, en una unidad política y en una "armonía racional económica". Porque todo acto humano se refleja en la polis, y porque el espíritu es el más activo transformador y modelador. Solidaridad implica conocimiento, y esta vez "el conocimiento habrá precedido al acto, y será la comunicación puramente espiritual la que provoque, en su decurso, efectos políticos. La unidad es un hecho, y lo ha sido también en la imaginación. Sin embargo, es, por ahora, un sueño. Imaginemos —escribe Reyes— que América fué un día una gran comunidad humana. Que un nuevo intento de cohesión fué llevado a cabo por la historia al hacer la unión con dos fuertes razas europeas. Pero los imperios americanos se fraccionaron, y el nuevo ensayo, al llegar la Independencia, se disgregó. No obstante, la imaginación nos dice que aunque la unidad no ha existido, el sueño ha obrado como fuerza impulsora y tractora de la historia. Como fuerza impulsora en el porvenir, se llama la Tierra prometida. En el pasado, como fuerza tractora, se llama Edad de Oro.

4.—El actor en el escenario de esta Tierra prometida es el in-

telectual, la inteligencia. Su obra está, empero, limitada por una serie de circunstancias peculiares. En primer término, el ritmo, el *tempo* de nuestra historia. Trae desventajas —y Reyes se pregunta hasta qué punto el retraso de nuestro nacimiento. América vive saltando etapas, acortando trechos, sobrepasando el ritmo de Europa para ponerse a su mismo nivel. El resultado en el actuar de la inteligencia americana es “una consigna de improvisación”. Y “tal es el secreto de nuestra historia, de nuestra vida, de nuestra política”... “Hasta hoy, nuestros pueblos sólo han conocido y practicado una técnica: el talento”. Por esto la inteligencia americana es menos especializada que la europea; así lo exigen las condiciones sociales. Un escritor lo es en sus ratos perdidos, además de una cosa u otras cosas. Entre nosotros, pues, el sabio tiene que ser hombre público, tiene que entender el trabajo intelectual como servicio público. Tierra de poetas y generales, decía Rubén Darío, es decir, de poesía y acción. Sólo en el orden gramatical, escribe Reyes, son distintos pensar y obrar. El divorcio de la teoría y la práctica es ello gran pecado que purga el mundo.

La celebridad americana, que influye positivamente en la inteligencia, da “una cierta movilidad y adaptabilidad humana característica... y cierto impulso de síntesis, de aprovechamiento de saldos culturales”... Por esto la inteligencia americana puede desempeñar una función de síntesis —como punto de partida, no como resultado—, complementaria pero indispensable, que ahorra la tarea de revivir procesos culturales intermedios, innecesarios para resolver los problemas humanos. Todo cuanto el mundo haga mañana, necesitará de América, tendrá que contar con nuestras “síntesis”, con nuestro “saldo histórico” que somos nosotros mismos. “Somos una parte integrante y necesaria de la representación del hombre por el hombre. Quien nos desconoce es un hombre a medias”.

Las limitaciones y obstáculos que por las circunstancias sociales se ve obligada a sufrir la inteligencia americana, repercuten de modo positivo en la formación de un tipo de hombre intelectual,

por sobre todo humano. “A veces me pregunto si los europeos entenderán alguna vez el trabajo que nos cuesta a los americanos llegar hasta la muerte con la antorcha encendida...; éstos se matan a sí mismos en un esfuerzo sobrehumano de superación, para adquirir el derecho de asomarse al mundo”. Bajo tal o cual mediocre americano puede esconderse el racimo de virtudes de una profesión superior a todas, la profesión de hombres. Este es, sin duda, el núcleo del pensamiento de Alfonso Reyes. Su gran preocupación es la de salvar al hombre, y así, salvar la cultura.

No en vano fueron humanistas y misioneros los padrinos de América, para que ahora venga a proponerse una especie de neo-humanismo, el humanismo misional, que emerge de las ideas de Alfonso Reyes.

5.—En ninguna época de la historia —escribió Scheler —ha resultado el hombre tan problemático a sí mismo como en la actual. El humanismo misional de Reyes es, en el fondo, un intento de resolver este problematismo, que va entrañablemente unido al de la actual crisis de la cultura. La nueva especie de humanismo difiere del renacentista en que en Reyes tiene categoría de programa. Obedece, en efecto, a la temática del humanismo del Renacimiento en la preferencia del sentir y del obrar sobre el mero saber; en la insistencia del internacionalismo, de la universalidad, cosmopolitismo en última instancia; en el rechazo de la “bárbara” especialización; en la marcada preocupación por el hombre. No es el momento de preguntar si el humanismo del Renacimiento —y también el de Reyes— no es, más bien, un antropocentrismo mutilado, sin Dios. El humanismo misional de Reyes es, ante todo, un programa para América. En su realización está el que el Nuevo Mundo se incorpore definitivamente a la Historia universal y a la cultura de Occidente. Y es un programa de varios aspectos. Programa de maduración de nuestro mundo, porque América, que ha sido llamada prematuramente para su realización, debe tener presente que no es tiempo de preguntarse si está o no apta para la tarea. Tiene que mostrarse capaz del destino. Sin sentimiento de respon-

sabilidad y propósito de madurez no hay madurez posible. Es un programa para el mundo occidental, porque el Occidente tendrá que contar con nosotros, con el "saldo histórico" que es América, con su "síntesis" de cultura, para poder dar entera cabida a la esperanza de que ante una posible destrucción bélica de Europa, siga ella sobreviviendo en esta Tierra prometida. Es, pues, un programa de continuidad de las conquistas humanas.

En otro sentido, el humanismo de Reyes es incorporación de América en la Historia. Se trata de una conquista semejante a la filosófica llevada a cabo por Las Casas. El fraile de la Vera Paz la vinculó a la línea de pensamiento que va de Santo Tomás y la Escolástica tardía a Descartes, por debajo del humanismo renacentista, según afirma O'Gorman. Reyes la vincula a dos grandes problemas del mundo actual: el hombre y la crisis de la cultura. Hace ya tiempo, escribe Reyes, que América viene dando señales de inquietud ante la descomposición de la cultura de Europa, maestra civilizadora que vacila y pierde el juicio. Continuar y conservar esta cultura es continuar y salvar al hombre, a la Humanidad.

La configuración de América no puede ser más propicia para la realización de esta tarea, porque por su internacionalismo rechaza todo abolengo y raza que no sean abolengo y raza humana. A todos los pueblos se les concede igual autenticidad humana. En América se considera la vida "en sangría abierta y generosa" —herencia de España que más que administrarnos y conquistarnos se iba desangrando sobre nosotros—. Por eso "entendemos nuestra tarea como un imperativo moral, como uno de los tantos esfuerzos por la salvación de la cultura, es decir, la salvación del hombre".

En suma: humanismo de misión.

6.—Para llevar a cabo esta labor importa, decisivamente, establecer el diálogo en un plano de absoluta sinceridad — "sinceridad severa" — con los países todos de América. Ella no está organizada según una sola concepción del mundo. Hay allí varios niveles inconexos de raza, de mundivisión y de religión. Y ante este di-

verso horizonte que presenta América — las dos Américas, para Reyes — nos corresponde dialogar sinceramente para la elaboración de un sentido ibérico, internacional y autóctono. Ibérico e internacional, por lo que más arriba quedó dicho. Autóctono, porque — para una salvación íntegra de la Humanidad, desde el punto de vista meramente temporal — es menester incorporar el repertorio del hombre a grandes masas de indios y salvar lo vivo de sus tradiciones culturales. Nuestra figura puede reducirse al "nervio del sentimiento autóctono e hispanolatino, robustecido por nuevos elementos y nuevas técnicas aprendidas en otras tradiciones, complementados con las técnicas que resultan de la investigación de nuestro propio suelo".

Los encargados de dirigir y orientar el diálogo son los intelectuales. Su acción tiene diversos matices. Ellos conocen las posibilidades de nuestra tierra, su realidad y su destino. Y saben de "la inutilidad de querer apoderarse de la realidad antes de conocerla". Nuestros "padrinos europeos", como Francisco Sánchez, el renacentista autor de *Que nada se sabe*, en 1851 adelantaba su juicio sobre América: "Ya ahora, decía, hácense poco a poco más religiosos, más agudos, más doctos que nosotros mismos". El escéptico Sánchez y nuestros padrinos europeos "se adelantaron a la realidad y la hacen comprometerse en grandes ofertas". Si es menester hacer las cosas con la prisa que exige nuestra misión universal, no hay que dejarse llevar por la exageración que violenta la realidad y la desconoce.

Los intelectuales, por otra parte, representan la unidad del espíritu americano, o, al menos, sienten, los primeros, la necesidad de perfeccionar su circulación, la circulación del espíritu de América, "donde apenas están en formación las venas y arterias del vasto cuerpo". La necesaria intervención del intelectual en el diálogo americano se vincula al hecho de ser él hombre de acción, a la vez que hombre de disciplinas científicas. De esta circunstancia esperamos una ventaja: "que el hombre de disciplina espiritual

empuñe algún día las riendas de la sociedad”, prestando, al menos, orientación y consejo. El ideal de la república platónica.

7.—Con el intelectual en la cima de la pirámide social, todo dirigiéndolo y, como representante de la solidaridad del espíritu, todo modelándolo y transformándolo, América puede estar dispuesta a dar en el mundo del espíritu algo así como un golpe de estado. Reúne ella todos los elementos para llevar a cabo una gran revolución en el orden cultural, político y humano del mundo.

Los antecedentes de un socialismo de Estado en el Paraguay — el de las misiones jesuíticas — y en Vasco de Quiroga, revitalizables ante la necesidad de una solución al problema político de nuestro tiempo; la actual delimitación de naciones y su idea antropomórfica, en pugna con el germen de Gran Unidad que se desarrolla en los corazones de miles de hombres, resueltos a que no sea la casualidad la que nos gobierne; el utopismo, es decir, la esperanza en América como proyección de Europa, y el sueño de un mundo mejor; la fe americana en traer una nueva contribución al mundo, la salvación del hombre y la cultura; y el humanismo, la continuidad de las conquistas del hombre en que consiste la dignidad misma del espíritu. Estos son los instrumentos de la revolución americana. Refugio de conciencias libres, asiento de una justicia más igual, de una libertad mejor entendida, de una felicidad más completa, de un mundo mejor, de una Utopía. Tal es lo que debe llegar a ser, dice Reyes, nuestro Nuevo Mundo.

A América no le importa tanto lo que es como lo que puede llegar a ser. La domina una voluntad de futuro, cuyos pulsos virginales pueden verse — igual que la verdadera imagen de América — “en nuestros corazones”, casi con los ojos como la *Ur-Pflanze* goetheana. Existe, pues, en nosotros, la ciudad de Utopía. “Cada uno debe buscar a América dentro de su corazón con una sinceridad severa, en vez de tumbarse paradisiacamente a esperar que el fruto caiga solo del árbol. América no será mejor mientras los americanos no sean mejores”. A los hombres de América nos

corresponde sacarnos a América del corazón. Ella será lo que nosotros queramos que sea. Y en tal creación debe comenzar a procederse por el “aseo de América”. “El fárrago, escribe Reyes, el fárrago es lo que nos mata. Al mundo no debemos presentar canteras y vetas, sino edificios ya hechos”.

Por sobre las críticas que puedan hacerse a Alfonso Reyes, a su humanismo, a las soluciones inmediatas políticas y culturales que cree adecuadas a las necesidades del mundo actual — soluciones llenas de acierto — debe apreciarse ante todo su profunda fe, el ejemplo de un verdadero amor y la lección y el estímulo de un gran conocimiento de América. Bien sabe Reyes que sólo hay plena responsabilidad donde hay pleno conocimiento.

8.—*Referencias bibliográficas.* Estas notas están hechas a base del libro *Ultima Tule*, Imprenta universitaria, México, 1942, en el que recoge ensayos y artículos de diversas fechas. Puede completarse con alusiones, largas y breves, contenidas en: *Sirtes*, Tezontle, México, 1949. *Simpatías y diferencias*, 2 vol., Colección de escritores mexicanos. Ed. Porrúa, México, 1945. *Tentativas y orientaciones*, Ed. Nuevo Mundo, México, 1944. *Norte y Sur* (1925-1942), Editorial Leyenda, México, 1944. *La constelación americana*, Arch. de A. R., México, 1951. En el resto de sus obras, reunidas en volumen, pueden hallarse también referencias a cuestiones relacionadas con América, desde puntos de vista literarios, históricos, etc.

Las citas de Edmundo O’Gorman, están tomadas de: *Fundamentos de la historia de América*, Imprenta Universitaria, México, 1942. Una interpretación decisiva para el entendimiento del problema de la esencia de América, la da este mismo autor en: *La idea del descubrimiento*. Centro de estudios filosóficos, México, 1951.

Para la significación de los mitos de América, puede verse: Enrique de Gandía: *Historia crítica de los mitos y leyendas de la conquista americana*, Centro difusor del libro, Buenos Aires, 1946. También, Ida Rodríguez Prampolini, *La Atlántida de Platón, en los cronistas del siglo XVI*, Junta Mexicana de Investigaciones históri-

cas, México, I, junio de 1947. Sobre la utopía americana: Pedro Henríquez Ureña, *La utopía de América*, Ed. de Estudiantina, La Plata, 1925. Recogido en *Ensayos en busca de nuestra expresión*, Ed. Raigal, Col. Nuestra América, Buenos Aires, 1952, sin la "Carta al director de Estudiantina".

Las palabras de Ortega están tomadas de: *Obras completas*, vol. IV, Ed. Revista de Occidente, Madrid, 1951, ps. 101 y ss.

Sobre el erasmismo y su sentido: Marcel Bataillon, *Erasmus y España*, Traducción de Antonio Alatorre, vol. II. Apéndice. Erasmo y el Nuevo Mundo, Fondo de Cultura Económica, México, 1950. Y Julio Jiménez Rueda, *Herejías y Supersticiones en la Nueva España*, Imprenta Universitaria, México, 1948.

Las obras citadas lo están para lecturas e iniciación de posibles investigaciones posteriores. En las obras citadas se encontrará más abundante bibliografía sobre cuestiones reseñadas.

Rafael GUTIERREZ GIRARDOT.

*Bolívar*, Bogotá, núm. 21, julio de 1953.

### LA FILOSOFÍA SOCIAL DE ALFONSO REYES

La filosofía social de Alfonso Reyes es esencialmente una filosofía de la cultura orientada hacia Hispanoamérica. Animada por un ideal cosmopolita y humanitario semejante al de la Ilustración o el Enciclopedismo, esta filosofía aspira ante todo a encontrar la fórmula capaz de elevar Hispanoamérica a un plano cultural universal, pero sin abandonar los valores humanos fundamentales de su tradición hispánica y latina. De ahí que esta filosofía pudiera resumirse en la cifra: vehemente defensa del cosmopolitismo y la tradición como condiciones del futuro cultural de Hispanoamérica. Su significación estriba no sólo en su valioso aporte a la mayoría de los temas que constituyen la preocupación constante del pensamiento social hispanoamericano, sino también en lo mucho que ayuda a comprender el sentido de toda la obra ensayística del propio escritor —obra que a la luz de esta filosofía pudiera interpretarse como el esfuerzo de un gran humanista, crítico y esteta, por poner su ciencia al servicio de un alto ideal social, cosmopolita: el advenimiento de un mundo más unido, más justo y más feliz para todos.

Para este trabajo me he basado de preferencia en la obra que reúne los ensayos de Reyes más estrictamente preocupados con temas de filosofía social: *Tentativas y orientaciones*, México, 1944, (en adelante citada con la sigla T. O.), obra que debe colocarse entre los clásicos del ensayo social hispanoamericano con el mismo derecho que el *Dogma socialista*, *Las bases*, *América en peligro*, *Ariel*, *Moral social*, *El hombre mediocre*, *Raza cósmica*, *La evolución política y social de Hispanoamérica*, *El destino de un continente*, etc. En mi trabajo he tratado de destacar los temas básicos del pensamiento social de Reyes según su orden lógico y mostrar, cuando es posible, sus relaciones con el pensamiento de otros importantes ensayistas hispanoamericanos.

*Cultura*.—El punto de partida lógico de la filosofía social de